

de Borges. No sabemos bien por qué, pero sí sabemos que hubieran podido iniciar ellos esa primera globalización y, desde luego, hubieran podido ser ellos los descubridores de América.

¿Por qué no lo hicieron? No lo sabemos a ciencia cierta pero, lo más probable es que no lo hicieron porque no lo necesitaban, porque nada les empujaba a hacerlo. Por el contrario, una Europa hecha de estados compitiendo unos con otros no tenía alternativa. Si no lo hacía Portugal, lo hacía España, como ocurrió en la gesta de Magallanes-Elcano. Y si no, lo haría Inglaterra, o Francia u Holanda.

En todo caso, fue el Oeste y no el Este quien inició la expansión por el mundo, una expansión que dio impulso a la ciencia moderna en la Inglaterra y Holanda del siglo XVII. Probablemente, el evento más importante de la historia de la humanidad después de la invención de la escritura, el invento de cómo inventar. Sin ciencia no habría habido tecnología, y sin ella, sin la máquina de vapor, sin la energía del carbón o del petróleo, no hubiéramos tenido fábricas ni sociedad industrial ni del conocimiento.

Es indiscutible que la Revolución Industrial fue el origen verdadero de la gran divergencia entre el Este y el Oeste, entre Occidente y Oriente, consolidando la superioridad europea. Pues impulsados por la tecnociencia los países europeos disfrutaron de una manifiesta superioridad en los campos de batalla, en la cultura y en la economía, dejando muy atrás al resto del mundo.

A comienzos del siglo XIX Lord Macartney, primer Embajador de Jorge III de Inglaterra, solicitó del emperador chino abrir sus puertos al comercio británico, y este le contestó rotundamente: “los chinos no tenemos la mínima necesidad de las manufacturas británicas”. Pues bien, era cierto. El PIB de China era entonces seis u ocho veces al del Imperio británico, y China e India eran el 50% del PIB mundial. Pero la divergencia Este-Oeste no haría sino agrandarse al ritmo de la Revolución Industrial, de modo que para mediados del pasado siglo China e India eran poco más del 5% del PIB mundial, diez veces menos que siglo y medio antes. Y no tanto por su caída, sino por el crecimiento del resto, el crecimiento de Occidente. Y así, si en el año 1.000 Europa Occidental disfrutaba de una renta *per capita* de unos 400\$, similar a la de Asia, para 1970 la renta de Europa era de 11.000\$ y la de Asia de 1.250\$, una diferencia de 1 a 6.

Así se explica que en la Conferencia de Berlín de 1884, doce países europeos (pero ninguno africano), se repartieran toda África como si fuera un botín, con fronteras artificiales que continúan. Y así se explica que a comienzos de la Gran Guerra, aproximadamente tres cuartas partes del territorio y de la población del mundo, bien eran occidentales (como América), bien estaban bajo soberanía de países europeos.

Aquellas fechas, comienzos del siglo XX, fueron probablemente el momento de mayor expansión de Europa sobre el mundo.

Pronto comenzaría el reflujó.

Tres grandes países emergerían desde casi la nada para marcar el siglo XX con su impronta, y solo uno de ellos era europeo. Casi al tiempo, en el último tercio del siglo XIX, los Estados Unidos tras la Guerra Civil, Japón tras la Restauración Meiji, y Alemania tras la unificación de Bismarck, iniciarán procesos de crecimiento económico espectaculares, que serán seguidos de expansiones territoriales igualmente potentes.

La Gran Guerra, una guerra por el espacio vital, fue el primer intento de hacer sitio en el mapa mundial a esas tres nuevas grandes potencias, intento infructuoso y baldío que alimentó, con una paz injusta y mezquina, la Segunda Guerra Mundial.

Pues bien, el resultado de las dos guerras mundiales iba a ser letal para el predominio europeo. Pues si la Gran Guerra liquidó los Imperios europeos (ruso, austro-húngaro, alemán, otomano) la segunda acabaría destruyendo también los imperios extra-europeos, y las viejas potencias coloniales seguirían el camino descolonizador de las primeras, de Portugal y España. Fueron dos guerras civiles de Europa transformadas en guerras civiles de Occidente y del mundo.

Así, la descolonización que siguió a la Segunda Guerra fue casi total, de modo que si en 1945 la ONU la formaban 45 Estados, para 1989 -antes de la caída de la Unión Soviética-, eran ya nada menos que 159, y se habían multiplicado por tres. Fue claramente el fin de la hegemonía europea en el mundo.

Pero más importante aún es comprender que Europa, descolonizada, iba a ser ella misma colonizada, algo rara vez tematizado.

Hoy sabemos bien que la Segunda Guerra Mundial la ganaron dos potencias extra-europeas, Estados Unidos y Rusia, cumpliendo así al pie de la letra la sorprendente predicción que Alexis de Tocqueville había realizado ya en 1835, un siglo antes, y que me permito citar:

Hay hoy en la tierra –decía Tocqueville– dos grandes pueblos que,..., parecen avanzar hacia el mismo fin: los rusos y los angloamericanos. Uno tiene por principal medio de acción la libertad; el otro la servidumbre. Su punto de partida es diferente, y sus caminos distintos; sin embargo, cada uno de ellos parece llamado por un secreto designio de la Providencia a tener un día en sus manos los destinos de medio mundo.

Tocqueville acertó. Pues ya fuera bajo condiciones de libertad, o bajo condiciones de servidumbre, no eran los europeos quienes decidíamos de la una o de la otra. Y si media Europa pudo vivir bajo libertad, ello fue gracias a la protección de un país extra-europeo, Estados Unidos, de cuya seguridad y defensa hemos sido *free-riders* (gorrones) desde 1945. Y seguimos siéndolo.

No sólo el mundo había pasado a ser post-europeo; en cierto modo la misma Europa había pasado a ser extra-europea.

## Un mundo post-europeo

A partir de los años 40 del pasado siglo, una de las grandes figuras de la brillante intelectualidad centroeuropea, el filósofo checo Jan Patočka, fue elaborando escritos varios publicados más tarde con el título de *Europa después de Europa*<sup>2</sup>. Patočka daba testimonio de la aparición de un mundo “post-europeo” al que llamaba, con visión casi profética, la “era planetaria”. Como antes Stefan Zweig o Ernst Junger, aseguraba que Europa se había “suicidado” en dos guerras mundiales, pero sin embargo había generado una “mundialización” en una “herencia espiritual europea” que habría que recuperar. Europa, concluía Patočka, debía repensarse en ese nuevo mundo post-europeo. Una nueva Europa después de Europa, título que quisimos dar a un libro colectivo que edité hace años<sup>3</sup>.

El tema, como sabemos, no era nuevo pues ya en 1920, tras la derrota alemana, Oswald Spengler publicaría el texto de referencia obligada: *La decadencia de Occidente*<sup>4</sup>. Y años después –concretamente el 16 de febrero de 1955– el gran historiador británico Geoffrey Barraclough pronunciaba en la Universidad de Liverpool una trascendental conferencia titulada *El fin de la historia europea* en la que aseguraba que, tras pasar de la Era Mediterránea a la Era Europea, y tras ella la Era Atlántica, vemos ahora emerger una Era del Pacífico que nos fuerza a pensar el mundo de otro modo<sup>5</sup>. Ello no significa –continuaba Barraclough– “que la historia europea haya terminado”, pero sí “que deja de tener significación histórica” y pasa a ser una “historia regional” más, ya no “la historia del mundo”, como había sido durante los últimos siglos.

Las décadas siguientes iban a confirmar los pronósticos de Barraclough. Pues si la descolonización fue el primer paso, el segundo lo dieron conjuntamente la demografía y la difusión tecnológica. Detengámonos un momento en este argumento, central para entender la lógica del mundo contemporáneo que reposa en una divergencia y una convergencia. La divergencia demográfica entre el Este y Oeste; pero acoplada con ella la convergencia tecnológica en la misma dirección.

Efectivamente, a comienzos del pasado siglo, Europa era algo más del 25% de la población del mundo. Y todavía a mediados del siglo representaba una quinta parte, algo más del 20%. Hoy se aproxima al 7% y desciende. Y hablamos de cantidad, no de calidad o de envejecimiento. ¿Por qué este descenso brutal? La explicación es sencilla: la

---

2 Hay edición francesa, *L'Europe après l'Europe*, Verdier, Paris, 2007.

3 E. Lamo de Espinosa (coordinador), *Europa después de Europa*, Academia Europea de Ciencias y Artes, Madrid, 2010.

4 O. Spengler, *Der Untergang des Abendlandes*, 1920 (hay traducción de García Morente, Madrid, 1923-27). Nótese que la traducción española, *La decadencia de Occidente* (al igual que la inglesa, *The Decline of the West*) no recoge adecuadamente el exacto significado de la palabra *Untergang*, que implica no sólo decadencia sino una completa desaparición y destrucción.

5 Barraclough, *History in a Changing World*, University of Oklahoma Press, Norman, 1956, pp. 206 y 207.

humanidad ha pasado de unos 3.000 millones de habitantes en 1950 a más de 9.000 para el año 2.050. Es decir, en poco más de un siglo se habrá triplicado.

Pero todo ese enorme crecimiento se ha dado en el antes llamado tercer mundo, fuera del área desarrollada. Actualmente, Asia es el 60% de la población, África, con un crecimiento espectacular, será pronto más de un 20%, y todo el viejo occidente (es decir, Europa más las dos Américas), será otro 20%. Seis asiáticos por cada europeo, o tres por cada occidental.

Esa divergencia demográfica entre el Este y Oeste, entre *the west and the rest*, no tendría excesiva importancia si Europa conservara el monopolio sobre la ciencia y la tecnología del que disfrutó desde la revolución científica del siglo XVII. Pero ya no es así pues, acoplada con la divergencia demográfica se ha producido una convergencia tecnológica, consecuencia de un fenómeno bien conocido por los antropólogos y los sociólogos: la difusión de productos, instrumentos y maneras de pensar.

Es más fácil copiar que inventar. Lo segundo requiere tiempo y esfuerzo; lo primero es casi innato. Hablo de las ventajas de llegar el último a la tecnología más reciente: basta con copiar al líder para avanzar rápido. Es lo que hizo Alemania a finales del XIX, Japón en los años 60 y los llamados Tigres Asiáticos (Corea del Sur, Taiwán y Singapur) después.

Pues bien, el dato evidente es que hoy se incorporan otras economías a ese mismo proceso de convergencia, sólo que a escala mundial y con economías inmensas.

¿Qué se copia? Todo, no sólo la tecnología, las cosas, sino también las buenas prácticas o las buenas políticas. Unas y otras innovaciones (de *hardware* o de *software*) son bienes públicos<sup>6</sup>. Primero se apropian de los productos ya sea el motor de combustión, los teléfonos móviles o el fusil de asalto AK47 Kalashnikov; pero también la contabilidad de doble entrada, las hipotecas, los seguros o el *rule of law*. Más tarde aprenden a copiarlos; y después los mejoran, aprendiendo su lógica y, finalmente innovan ellos también. Y así, a medida que se difunden las tecnologías (duras y blandas), la productividad del trabajador crece. Y converge también. Y entonces el peso demográfico cuenta. Y mucho.

China tiene una productividad algo superior al 20% de la de los Estados Unidos. Pero son 1.300 millones de habitantes de modo que, medido en paridad de poder adquisitivo (PPP), ya en el 2014 su PIB superó al de los Estados Unidos, que son solo 320 millones. Y el PIB de la India –1.400 millones– ha sobrepasado ya al de Japón. Y entre los veinte primeros países del mundo por PIB encontramos solo seis europeos (Rusia incluida), pero siete asiáticos, cuatro americanos y tres de Oriente Medio.

Pero la cosa no acaba aquí. Las potencias económicas pronto devienen potencias políticas. Tienen capacidad negociadora, conceden préstamos, hacen inversiones, pueden comprar productos naturales o manufacturados, importan o exportan. China lo hace en África hace décadas y ahora en América Latina e, incluso, en la misma Europa. Y recordemos que casi la mitad de los países representados en la ONU son muy pequeños, tienen menos de 5 millones de habitantes, y su voto es fácil de comprar. Las potencias económicas son también potencias políticas.

El último salto, inevitable, es pasar a ser potencias militares. Pero, ¿cómo no hacerlo cuando tienen que asegurar sus suministros, sus exportaciones y sus rutas comerciales? China o la India son gigantescas aspiradoras de recursos de todo tipo (ya sea petróleo, acero, cemento, cobre, algodón o carne), y más si crecen a ritmos del 7% o más. Por el estrecho de Malaca circulan un 70% de las importaciones de Corea del Sur, un 60% de las de Japón y Taiwán y un 80% de las de China. De modo que esos países emergentes construyen armadas oceánicas para asegurar sus suministros, armadas que a su vez exigen bases militares navales para su aprisionamiento. Y están ya en la competición espacial (India ha llegado a la Luna, China a Marte) y, por supuesto, en el ciberespacio.

Y se cierra el ciclo: la demografía deviene economía, esta política, y todo ello poder duro, poder militar.

El resultado es una profunda alteración del centro de gravedad del mundo que se mueve hacia Asia y el Pacífico, marginando a Europa (y a España dentro de Europa) y reorientando, tanto África como América (norte y sur), hacia el Pacífico. Pues todo el mundo, y no solo los Estados Unidos, Europa incluida, “pivota” hacia Asia.

---

6 *Op. cit.*, p. 1077.